

LUIS ZEA URIBE

La vida del doctor Luis Zea Uribe, recientemente extinguida, dejó en la conciencia pública tan hondo raigambre, por las luminosas páginas que en los anales de la ciencia y de la literatura dejaron su cerebro radiante y su castiza pluma, como también por el cariño y el hondo respeto que supo despertar en todos los que recibieron el influjo saludable de su alma nobilísima, que no es preciso analizarla minuciosamente para justificar el homenaje que la República debe a tan preclaro ciudadano.

Nació Luis Zea Uribe el 28 de agosto de 1872, en Titiribí, floreciente Municipio de Antioquia, muy conocido por estar situadas en sus alrededores las ricas minas del Zancudo. Sus padres, don Aureliano Zea y doña Paulina Uribe, de noble estirpe procerca, modelaron su corazón en el ambiente de sus virtudes y se esmeraron en su instrucción, al comprender que estaba dotado de muy clara inteligencia y de una memoria prodigiosa.

Inició sus estudios preparatorios en la Universidad de Antioquia y los terminó en Bogotá, en el Colegio del Rosario. Costeado por el Departamento de Antioquia, pasó a la Facultad Nacional de Medicina, en donde rápidamente conquistó los primeros puestos, por su robusta mentalidad y por su portentosa retentiva. Recibió el título de doctor en Medicina el 28 de febrero de 1898. Antes de dar principio al ejercicio de su profesión, creyó conveniente perfeccionar sus conocimientos en París, en donde

permaneció dos años, y regresó a su Patria cuando ya estaba encendida la guerra en todo el territorio nacional.

Ejerció el doctor Zea Uribe su profesión en la Capital de la República, por pocos días, y luégo en Manizales, también por un lapso relativamente corto, para tornar a Bogotá, en donde se estableció definitivamente, dedicado con apostólico celo a servir a la juventud universitaria con sus sabias enseñanzas, y a la humanidad doliente con los tesoros de su ciencia, y más que todo, con su bondad sin límites.

El doctor Zea Uribe fue profesor de Histología, Bacteriología y Parasitología, en la Facultad de Medicina de Bogotá; de Anatomía, en la Escuela Dental Nacional, y de Historia Natural, en la Universidad Republicana. En el profesorado lució Zea Uribe sus admirables dotes de expositor, con su frase galana y su dicción clara y melódica. Sus alumnos, entre los cuales se cuentan muchos de los jóvenes parlamentarios más distinguidos, recuerdan con admiración sus eruditas conferencias.

Como Presidente del Concejo de Bogotá, trabajó incansablemente por el embellecimiento de la ciudad, por la sanidad obrera y por el desarrollo de la asistencia pública, como un conocedor de los problemas sociales, verdaderamente interesado en el mejoramiento de las clases trabajadoras. Así luchó también en la Asamblea Departamental de Cundinamarca y en la Cámara de Representantes por las reivindicaciones obreras, con sensibilidad social, no de relumbrón, sino sincera, y lució su elocuencia tribunicia, que lo coloca en primera línea entre los oradores de Colombia.

Prestó el doctor Zea Uribe sus servicios al país como Director de Higiene de Bogotá, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, Profesor hono-

rario de la Facultad de Medicina, miembro de la Sociedad de Agricultores, Consejero Científico de la Legación de Colombia en Berlín, y Delegado del Congreso Nacional al Congreso Interparlamentario de Washington, en 1925. En todos esos altos puestos dejó bien sentada su reputación científica y sirvió con brillo y lealtad los intereses patrios.

Fue el doctor Zea Uribe miembro de la Sociedad Astronómica de Francia y Oficial de Instrucción de la Academia de Medicina de París. Recibió numerosas condecoraciones de Academias y Asociaciones Científicas de Europa, Estados Unidos, Centro y Sur América, pues su renombre científico transpasó los lindes de la Patria.

Como profesional, no fue jamás un simple vendedor de recetas sino un amigo cariñoso del desvalido. Para él no era el ejercicio de la medicina la explotación de un capital, del tesoro de su ciencia, sino el ejercicio de la misión social que al Médico le confía el Estado, en aras de la confraternidad cristiana: la defensa de la humanidad doliente. Zea Uribe no ejercía la profesión de Médico, como oficio lucrativo, sino el sacerdocio de la medicina, guiado por su espíritu cristiano.

En su hermoso discurso con motivo de la inauguración de los pabellones de la Escuela de Medicina, exterioriza sus nobles sentimientos, así:

“La medicina es el apostolado del padecimiento y de las lágrimas. Quien no la entienda así, bastardea su misión. Por eso el Médico será siempre un ser triste. Contra él golpea proteiforme el dolor, con la misma tenacidad con que besan las playas los innumerables labios del mar.....

‘Hace ya miles de años surgieron de los labios del Buda y de Jesús de Galilea frases extrañas que la humanidad no ha comprendido, pero que son un tra-

sunto de una revelación divina dependiente de un orden invisible y superior. Son frases de amor, de compasión y de caridad para todo lo que alienta, para todo lo que sufre y para todo lo que llora. Representan ellas el polo moral hacia el cual vuelve los ojos la humanidad enloquecida; y en estos momentos en que las ideas se revalúan, todos los pueblos deben volverse hacia allá”.

Y después de mostrar cómo esas semillas germinaron en las almas excelsas de San Carlos Borromeo, San Juan de Dios y San Francisco, para alivio del cuerpo y del espíritu, agrega:

“La medicina se orienta hacia esas mismas aspiraciones generosas, hacia ese mismo ideal altruista. Ella también tiene sus mártires y sus santos. Danielsen, ingertándose en sus carnes vivas tejidos leprosos para establecer la contagiosidad del lázaro; Carrión, en el Perú, inoculándose en sus venas de adolescente la berruga para dilucidar la naturaleza de esta enfermedad que hace inhabitables algunas regiones de su país; Pasteur, con sus importantes descubrimientos sobre la rabia; Behring y Roux, devolviendo la salud a treinta mil niños a quienes asfixiaban anualmente las epidemias de croup, y tantos más cuyos nombres van unidos a los grandes descubrimientos modernos”.

En sus actividades cívicas, Zea Uribe se distinguió siempre por su criterio amplio y tolerante y por la firmeza de sus convicciones. Defendía sus ideales políticos y sus creencias filosóficas con fervoroso entusiasmo, pero sin lastimar a sus contendores, pues tenía tanto amor a sus propias ideas como respeto a las ajenas.

Murió el doctor Zea Uribe el 24 de abril de 1934. El homenaje que la sociedad bogotana rindió a sus virtudes en ese infausto día, no fue una simple manifestación de las corporaciones oficiales y

de las altas clases sociales: fue la efusiva y sincera emoción de todos sus conciudadanos, que sintieron su partida como una verdadera desgracia nacional. Si todos los oradores que hicieron su elogio ante su cadáver mostraron a la sociedad profundamente consternada los méritos del doctor Zea Uribe, por su vigorosa inteligencia y su vasta ilustración, uno de ellos, el doctor Luis Eduardo Nieto Caballero, hizo hincapié en su atrayente simpatía y en su bondadoso corazón, con frases que corresponden fielmente al sentimiento unánime que en todos los que conocieron al sabio y al filántropo, produjo su desaparición. "Porque Luis Zea Uribe — dijo el notable escritor — fue uno de los grandes de Colombia, desde todos los puntos de vista. Lo fue por su inteligencia fulgurante, de múltiples antenas, que simultáneamente captaban las hondas salidas de los cuatro puntos cardinales del espíritu. Lo fue por su curiosidad infatigable, por esa eterna disposición acogedora a todo cuanto dijeran las artes y las ciencias en la vasta extensión del mundo que navega en los insondables espacios siderales.

Lo fue por su espiritualidad, por su gracia, por su tolerancia, por su desinterés, por su bondad; por ese corazón tan expansivo, tan densamente habitado, listo al bien en todas partes, a todas horas, en toda circunstancia, sin fatiga, sin cálculo, con una marcada preferencia por los humildes".

La acción fecunda de Zea Uribe, como hombre de ciencia, como tribuno, como literato y como parlamentario; la serenidad de su espíritu y su pulcritud jamás discutida, hacen de este varón esclarecido una de las personalidades más dignas de respeto y más adecuadas para servir de ejemplo a las generaciones venturas.

Zea Uribe supo acercarse al corazón del desvalido, y con éste, latió el suyo; supo captar la ins-

piración del artista, y con éste sintió y amó la belleza; supo enfrentarse a la incomprensión del fanático, y a su hostilidad opuso su serena tolerancia. Supo de todos los dolores, de los del cuerpo y los del alma; abarcó toda la gama del pensar y del sentir, y para su espíritu no hubo misterios ni para su inteligencia barreras, porque en todas partes encendió la lámpara del investigador y no la hoguera del empecinado.

LUIS DE GREIFF